ALFONSO MARTÍNEZ

Hospicios de Nueva España para misioneros del Oriente*

Naturaleza y fines de los hospicios

UNA vez que España abrió la historia universal descubriendo al Nuevo Mundo y llenándolo con su vida y sus instituciones, no se conformó con ello, sino que sus hombres de empresa descubridora, conquistadora y misionera alzaron los ojos *plus ultra* (más allá) puesto que no inútilmente habían roto el mito clásico del *non plus ultra* (no más allá). Tendieron la vista en la misma dirección que Cristóbal Colón, hacia la Tierra de las especias, el mundo atractivo de China y Japón, las "Islas del Poniente".

Y el afán irresistible hacia allá los llevó, y tomaron posesión de un sinnúmero de islas a las que dieron el nombre de Islas Filipinas. México, entonces Nueva España, quedó en el centro del camino, entre el Océano Atlántico y el Pacífico, uniendo a España con el poniente (el oriente actual).

Fray Andrés de Urdaneta, religioso morador del Real Convento de San Agustín de la ciudad y corte de México, fue un cerebro director y el brazo eclesiástico de la empresa acometida en noviembre de 1564 para tomar posesión de las "Islas del Poniente" en nombre del rey Felipe II de España. Con el viaje, el "tornaviaje" y la posesión de las islas, la "real conciencia" se gravó más. Por eso, desde la primera expedición de fray Urdaneta los religiosos agustinos ermitaños descalzos, sus

* Este trabajo fue presentado originalmente como ponencia en el Segundo Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos, celebrado en la ciudad de Xalapa, Veracruz, del 4 al 6 de julio de 1985.

hermanos de religión, emprendieron la evangelización cristiana de aquellos países.

Pero como el rey entendía que su responsabilidad era mucha, alentó el envío de más órdenes religiosas y más misioneros. En Monzón, el 5 de septiembre de 1585 dictó la Ley XXV del Título XIV de las Leyes de Indias: "Encargamos a los provinciales que no detengan ni impidan el viaje a los religiosos que con licencia nuestra quisieren ir a la conversión y doctrina de los naturales de las Islas Filipinas". Y en justa proporción el mismo rey pagaba los gastos de transporte, de manutención y donaba los ornamentos, los cálices, y proveía el vino para la misa, y el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento que necesitaban los misioneros.¹

Hacia 1577 fueron para allá los franciscanos descalzos; después los jesuitas, y enseguida los dominicos, antes del fin del siglo XVI. Y al inicio del XVII los agustinos recoletos descalzos. A estas familias religiosas debe sumarse necesariamente el clero secular y los seglares con "espíritu de misión". Los carmelitas descalzos pugnaron por ir, pero no lo lograron.²

Aunque después prevaleció el criterio de establecerse en Filipinas, aun sin conseguir misionar con gran éxito en China, Japón y Oceanía, al principio todos iban para allá con ánimo de abrir la puerta del oriente. Los jesuitas, por ejemplo, la consideraban "¡una empresa tan digna de la Compañía de Jesús!".³

A los naturales de Nueva España y a los hijos de españoles nacidos en ella (criollos) se les consideraba "tiernos en la fe" católica y poseídos de un espíritu débil no acorde con la reciedumbre de una empresa de tal magnitud como ir a evangelizar tan lejanas y extrañas tierras. Se pensaba que no tenían "espíritu de misión". Hubo la idea común de que sólo fueran misioneros peninsulares. Esto no excluye que hayan ido algunos novohispanos, pero la norma ordinaria fue de reserva. Esta afir-

¹ Mariano Cuevas, *Historia de la iglesia en México II*, El Paso, Texas, Editorial Revista Católica, 1928, pp. 193, 60.

² Dionisio Victoria Moreno, *Los carmelitas descalzos y la conquista espiritual de México*, México, editorial Porrúa, 1966, pp. 245-261.

³ Francisco Zambrano, *Diccionario biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, T. II, México, Editorial Jus, 1962, p. 564.

mación la apoyan dos puntos: 1) La Compañía de Jesús fue ciertamente una o quizás la orden con más espíritu de apertura, sin embargo, llegó a tener mandatos del general, caso del padre Claudio Aquaviva, en carta fechada en Roma el 22 de marzo de 1603, como éste: "Que no se mande a ningún nacido en Nueva España a Filipinas";⁴ 2) Si las misiones o "barcadas" o grupos de misioneros se formaran en México, no habría razón para fundar hospederías u hospicios de misioneros. Es lógico que eran para hospedar a los que llegaban de España.

En efecto, para ilustrar el proceso de marcha de un misionero de Filipinas, podemos ver el caso del padre Francisco Colín (1592-1660). En 1623, estando en Zaragoza de España, pidió licencia al general de la Compañía de Jesús, padre Mucio Vitelleschi, para ir a Filipinas y éste se la concedió. Es indudable que también consiguió el permiso del rey. En 1625 fue a Madrid y a Sevilla para realizar su propósito. El 18 de julio de ese año se embarcó en Cádiz con otros 25 compañeros. A México llegaron el 26 de octubre y estuvieron en esta tierra cinco meses. El 26 de marzo de 1626 se embarcaron en Acapulco para Filipinas; esta segunda navegación de su recorrido duró tres meses, pero en ocasiones se alargaba e incluso resultaba desastrosa. El 18 de junio llegaron a las Islas y él partió enseguida a asumir el cargo de superior de la residencia de la "Isla Hermosa".⁵

En consecuencia, el recorrido de los misioneros requería hospedaje, por lo menos, en el sur de España (Sevilla, Cádiz, Puerto de Santa María) en el Caribe o en la costa del Seno de México (La Habana y Veracruz) y en la costa del Océano Pacífico (Acapulco). En esa trayectoria México fue una etapa capital y los hospicios establecidos aquí servían entre otras cosas: 1) Para que los misioneros no se dispersaran en casas y conventos, causando molestias a las órdenes y cargándolas con gastos, ni alterando sus vidas de comunidad ni la propia, pues el número de componentes de las "barcadas" variaba, bien podían ser doce, quince, veinte, treinta o cuarenta misioneros. 2) Para que los misioneros descansaran de su largo y penoso viaje tras-

⁴ Francisco Zambrano, *op. cit.*, T. V, 1965, p. 61.

⁵ Francisco Zambrano, *op. cit.*, T.V. 1965, p. 571.

atlántico, si llegaban vivos; que en vida comunitaria avivaran su “espíritu de misión”; que adquirieran conocimientos sobre las tierras a las que iban, en tanto que en los hospicios moraban religiosos que habían estado en ellas; que se prepararan para otro viaje más largo y más penoso; y que si se arrepentían pudieran volver a España, pero no se quedaran en México.

El último punto de los enunciados fue muy atendido, en cuanto que el país gozaba de las excelencias que cantó Bernardo de Balbuena en *La Grandeza Mexicana* y por lo tanto el misionero estaba expuesto a desorientarse o perderse, ya que podía sentirse atraído, dice un cronista, “por la amenidad del cielo mexicano o de su sol” o bien dejarse seducir, escribió otro, por “los atractivos y alicientes que ofrecían el clima y las costumbres de Nueva España”.⁶

Los cuidados no eran de balde, pues el comisario de una orden llegó al exceso de “robarse” a un misionero de otra familia religiosa, con el fin de acrecentar el número de misioneros de su “barcada”.⁷

El paso por tierra mexicana, de Veracruz a Acapulco, deteniéndose en la ciudad y corte de México, era en verdad tentador. Por eso los franciscanos descalzos o dieguinos sacaron provecho de los males edificando conventos en Puebla, México, Cuernavaca, Taxco y Acapulco, pero sin externar sus intenciones y “corriendo con la voz, y nombre de hospedería para los descalzos, que pasaban a Filipinas”.⁸ Y fue con este embozo como lograron formar la Provincia de San Diego de México, “hija” de la de San Gregorio de Filipinas, o sea que Nueva España dio, prestó y ayudó en la formación de Filipinas y aun recibió de vuelta, incluidas las instituciones.

Fueron pues las misiones con destino al oriente un ejército formado por escuadrones de varias fuerzas de la España Católica, que tuvieron hospicios u hospederías en México desti-

⁶ Alipio Ruiz Zavala, *Historia de la Provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de México I*, México, Editorial Porrúa, 1984, p. 294; y Pablo Fernández, *Dominicos donde nace el sol. Historia de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de predicadores*, Barcelona, 1958, p. 30.

⁷ Alipio Ruiz Zavala, *op. cit.*, p. 291.

⁸ Baltazar de Medina, *Crónica de la Santa Provincia de San Diego de México*, 2a. edición. Introducción de Fernando B. Sandoval. Bibliografía de Jorge Denegre-Vaught, México, Editorial Academia Literaria, 1977, 35v.

nados para apoyo de su empresa. Por ahora nos ocuparemos de los situados en el Valle de México: el Hospicio de Santo Tomás de Villanueva de Agustinos Ermitaños Descalzos, el Hospicio de la Provincia de San Gregorio de Filipinas de Franciscanos Descalzos, el Hospicio de San Jacinto de China de Dominicos, el Hospicio de San Nicolás de Tolentino de Agustinos Recoletos Descalzos, y la procuraduría de Filipinas y el alojamiento de los misioneros en El Colegio de México o Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en la Compañía de Jesús.

El Hospicio de Santo Tomás de Villanueva

Después de morir a mediados del siglo XVI en su sede arzobispal de Valencia de España, el religioso agustino Tomás de Villanueva fue reconocido oficialmente como santo en los principios del XVII,⁹ por lo que, cuando el 28 de mayo de 1665 la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Religiosos Agustinos Ermitaños Descalzos de las Islas Filipinas otorgó facultades precisas a fray Juan de Borja para que, en calidad de comisario procurador pasara a Nueva España y fundara un hospicio para sus misioneros en la ciudad de México, se puede decir que el culto a ese santo era un orgullo actual de los religiosos agustinos, razón que pudo contribuir a que pusieran al nuevo hospicio de México bajo el patrocinio de su nombre.

Fray Juan de Borja poco después cumplió su cometido, y aunque al parecer en los principios lo llamaron Hospicio de Jesucristo, sin embargo pasó a la posteridad y ahora lo rescataremos con su nombre de Hospicio de Santo Tomás de Villanueva. De fray Borja fundador, el padre Agustín María de Castro aseguró que él y sus compañeros "combarcanos" vieron su retrato en pintura al pie de la escalera del hospicio en 1753, cuando él pasó por México, procedente de su natural España, con destino al oriente.¹⁰

La vida de esta institución corrió a lo largo de la porción

⁹ José Ignacio Tellechea Idígoras, "Santo Tomás de Villanueva", *Año cristiano III*, 2a. edición, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 724-727.

¹⁰ Alipio Ruiz Zavala, *op. cit.*, pp. 301, 292-294; y Agustín María Castro, *Misioneros agustinos en el Extremo Oriente 1565-1780 (Osario venerable por el P... OSA)*. Edición, introducción y notas por el P. M. Merino OSA, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1954, pp. 181-182.

restante del siglo XVII, de todo el siguiente siglo XVIII, pero la consumación de la independencia de México le anunció su fin, porque los golpes que recibió entonces sólo fueron un anticipo del rudo y definitivo que sufrió al ser expulsados del país los españoles en 1827 y años posteriores. Razón por la cual los religiosos misioneros españoles ya no podrían hospedarse y mucho menos tener la propiedad y la posesión del hospicio y sus bienes.¹¹

La parte que subsiste en pie, convertida en "Hotel Cortés", está situada en el ángulo noroeste de la Alameda "Central" de la ciudad de México. Es un hermoso edificio de dos plantas que corre el lienzo de su fachada hacia ella. En la parte baja una variedad de comercios rompe su armonía; en la planta alta, el garbo de las típicas ventanas del barroco de la ciudad de México alza sus jambas hasta alcanzar la cornisa; ambos cuerpos dan al edificio una esbeltez que ahora sin perspicacia no se advierte, porque el entorno urbano está sumamente deteriorado. Pero unidas a él, la nobleza y la sencillez de la canteira clara, en contraste con el tezontle que cubre los paños de los muros, sólo son el marco de la suntuosidad y de la elegancia de la portada, que carga sus líneas y sus movimientos al centro del conjunto, en que se abre la puerta principal y sobre ella el corazón que simboliza a San Agustín y un nicho en que está la figura bondadosa en escultura de Santo Tomás de Villanueva que, por desgracia, hay que apuntar que se encuentra en estado grave de descomposición a causa, principalmente, del descuido y la contaminación ambiental. En el friso de la portada hay un medallón con esta inscripción: Sto. Tomás de Villanueva Año de 1780. Una cruz remata el conjunto. Según se entra, aparece un gran patio rectangular a manera de claustro.

Una vez repuesto el espectador de la impresión que produce la magnificencia del edificio, fácilmente advierte que algo le falta. Y la respuesta es sencilla. No está la iglesia, tampoco su torre. Existieron ambas, y aquélla estuvo ricamente alhajada,¹² como todas las de su tiempo, pero los hombres y sus épocas y

¹¹ Alipio Ruiz Zavala, *op. cit.*, p. 296.

¹² Alipio Ruiz Zavala, *op. cit.*, p. 296, 298; y Agustín María Castro, *op. cit.*, p.

sus cosas dieron con ellas por tierra y desaparecieron sus ornamentos. El Hospicio de Santo Tomás de Villanueva no es actualmente un monumento destinado para los tan altos fines que se pretendieron en su fundación, sino que ahora es víctima del uso y usufructo de una cadena internacional de hoteles.

El Hospicio de la Provincia de San Gregorio

De este hospicio sabemos poco, ni siquiera su nombre titular, pero sí que perteneció a la Provincia de San Gregorio de Franciscanos Descalzos de las Islas Filipinas. Su asiento primero (ca. 1576-1680) fue el llamado Hospicio de la Recolectión de San Cosme y San Damián, al poniente de la ciudad de México, situado precisamente en la Ribera de San Cosme, que el pueblo siguió llamando "Los Descalzos Viejos". Después, en 1672 y 1678, por excepción los religiosos dieguinos misioneros fueron a hospedarse a "San Agustín de las Cuevas" en unas casas y huerta de una señora viuda llamada doña Beatriz de Miranda, tía de fray Bartolomé de Miranda, un religioso de los más prominentes de la Provincia de San Diego de México.

De allí a poco, antes de 1682, año en que fray Bartolomé de Medina publicó su *Crónica* de la Provincia de San Diego de México, la viuda ofreció a ésta la huerta y las casas en donación. No la aceptó para sí, sino que la pidió para la de San Gregorio, en cuya propiedad quedaron. Fue así como se asentó el hospicio en las afueras de México, y pudo el cronista escribir que a Cuernavaca se llegaba "por el Pueblo de San Agustín de las Cuevas Convento de Religiosos de Nuestro Padre Santo Domingo de México, donde también hay Hospicio de los Religiosos Misioneros de la Provincia de San Gregorio de Filipinas".¹³

No ha sido posible la identificación del hospicio entre los edificios virreinales que subsisten en "San Agustín de las Cuevas" (Tlalpan) ni se puede asegurar si desapareció. La opinión más conocida, y aceptada por algunos franciscanistas, señala como asiento del hospicio la magnífica construcción conocida como la Casa de Moneda, situada en la calle de Moneda, nú-

¹³ Baltasar de Medina, *op. cit.*, 229f.

meros 11 y 13, esquina con Juárez. Dada su grandeza y prestancia fue palacio de gobierno de los poderes del Estado de México, cuando éstos residieron en Tlalpan; y fue declarada monumento nacional en 1932.¹⁴

El Hospicio de San Jacinto de China

Esta institución perteneció a la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de Predicadores. El sobrenombre de China se debe a que San Jacinto es tenido como evangelizador de China y a que en Nueva España era común decir China para referirse al oriente, en particular a Filipinas pero también a China. El nombre de San Jacinto se refiere a San Jacinto de Polonia, patrono jurado de esta nación. Vivió en los siglos XII y XIII y murió en 1257. Santo Domingo de Guzmán lo había invitado personalmente a ingresar a su orden de predicadores, lo cual hizo en Roma. Volvió a Polonia dejando a su paso una serie larga de fundaciones conventuales, obra que después extendió misionando en Prusia y Rusia, y se dice que también evangelizó Noruega, Suecia, Finlandia, Escocia, Islandia, Bulgaria y Hungría. O sea que para el hospicio de Nueva España, los religiosos dominicos escogieron un santo eminentemente misionero del norte y del oriente de Europa.¹⁵ Es tradición muy aceptada que llegó a China y allá también evangelizó.

Hacia 1597 arribó a Nueva España, procedente de la Antigua España, fray Miguel de Benavides, primer obispo de Nueva Segovia (Filipinas) llevando en su compañía una misión, o grupo de misioneros dominicos. La ciudad de México celebró por entonces con toda pompa y esplendor las fiestas de la canonización del beato Jacinto, realizada en Roma en 1594. Fue cuando el obispo Benavides tuvo la intención de fundar un hospicio para los misioneros dominicos del oriente. Y es lícito suponer que entonces se hospedaban en el Imperial Convento de Santo Domingo de México.

La idea se hizo realidad en 1602, cuando el obispo don

¹⁴ Ivonne Arámbula y Gabriela Dena, "San Agustín de las Cuevas, Tlalpan", *Boletín de Monumentos Históricos* (4), México, INAH, 1980, pp. 53-80.

¹⁵ Luis Pérez Arruga, "San Jacinto de Polonia", *Año cristiano III*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 383-388.

Diego de Orta, segundo de Nueva Segovia, pasó a la cabeza de una nueva misión y ejecutó la fundación del hospicio en las afueras de la ciudad y corte de México. Si sumamos pues la propiedad con que el hospicio podría llevar el nombre de un santo dominico, misionero por excelencia, con la cercanía de su canonización y los entusiasmos mayúsculos que la misma produjo tanto en España como en México, y quizás con la circunstancia de que los dominicos del convento de Coyoacán, de donde dependía, hubieran bautizado ya al pueblo de Tenanitla, en que se asentó el hospicio, con el nombre del santo, tenemos más que explicada y justificada la razón por la cual se llamó Hospicio de San Jacinto de China.

Durante todo el siglo XVII y el XVIII "Por este hospicio... pasaron casi todas las Misiones que llegaron a Filipinas hasta el fin del primer tercio del siglo XIX". En efecto, el último vicario del Hospicio de San Jacinto se embarcó para España en 1825 y después vinieron las confiscaciones, transacciones, ventas y demás acciones de acabamiento de esta institución y de sus bienes en México.¹⁶

Al suroeste de la ciudad de México, entre Chimalistac y El Pedregal, se encuentran los restos en pie del Colegio Capítular de Señora Santa Ana de Carmelitas Descalzos y su iglesia, que el pueblo durante siglos ha llamado tercamente "San Angel", haciendo extensivo el nombre a toda la zona. Pues bien, a poco subir de la Plaza del Carmen de "San Angel", llega el espectador al jardín de San Jacinto. Y no bien entra al atrio cerrado, tiene a vista la iglesia y el hospicio de San Jacinto con su pequeña torre, que con dificultad se asoma sobre el caserío circundante. Aunque casi despojada de su ornamentación barroca, la iglesia, abierta al culto, se mantiene en muy buen estado de conservación, lo mismo el hospicio u hospedería, construido en forma de claustro arrimado a los muros de la iglesia. Es notable la falta de la huerta, pero esta pérdida se subsana, aunque poco, con la aún abundante vegetación que hay en la zona.

¹⁶ Pablo Fernández, *op. cit.*, pp. 30-31, 353-354. En el contrafuerte que está al lado derecho, según se mira de frente, del arco de la puerta principal, se encuentra en una de las canteras, un poco abajo de la altura media del espectador, esta inscripción: "A 9 D AGUSTO / MORO MIGVEL IVA / CHIN AºS 1614", que puede trasladarse así: Miguel Moro iba a China a 9 de agosto de 1614 años.

Buen trabajo será estudiar los altares, la reja de la capilla, las pinturas y demás objetos antiguos de arte que hay allí, para aclarar su vinculación a la vida del hospicio.

Por la conservación de su conjunto arquitectónico, por su belleza y especialmente por su situación respecto a la ciudad de México, es un modelo el Hospicio de San Jacinto de China.

El Hospicio de San Nicolás de Tolentino

Nació San Nicolás en la Marca de Ancona, en la costa Adriática de Italia, hacia 1245. Muy joven ingresó a la Orden de San Agustín y buscó su camino de perfección, siendo un santo amable y muy humano que, según se sabe, tomaba tres vasitos de vino al día. Por 1275 se estableció en Tolentino y allí permaneció hasta su muerte, ocurrida el 10 de septiembre de 1305.

Dice un biógrafo que su lema de religioso obediente era *Libenter faciam* (libremente lo haré); que gustaba sobremanera de un verso de un salmo que dice "Me ofrezco en sacrificio de alabanza a Vos, Señor"; y que su santidad se simboliza con una estrella, porque en los últimos días de su vida brilló una, sobre Tolentino. Mas ninguno de estos elementos concuerda muy rotundamente con la idea de poner un hospicio de misioneros bajo su patrocinio, mucho menos porque fue totalmente un religioso enclaustrado, conventual; aunque según el espíritu de la época y de la Iglesia, el alma contemplativa no se contraponen con la embargada de celo misionero, sino que se complementan, es lícito deducir que un hecho, una circunstancia al parecer trivial, pudieron haber ayudado a decidir que San Nicolás fuera el titular de un hospicio de misioneros del oriente. Además de la circunstancia rotunda de que era un santo agustino y de que puede asimilarse su estrella a la que guio a los Reyes Magos de oriente, parece haber sido definitorio el hecho de que, habiendo corrido su fama de santidad después de su muerte, comenzó a obrar milagros. Y entre ellos tuvo mucha resonancia la resurrección de una muchacha, natural de Fermo, Italia, que se llamaba Filipina. Por lo cual, siendo las Filipinas el destino primero de los misioneros que iban de Nueva

España, pudiera ser que por ese motivo nombraron de San Nicolás al hospicio¹⁷.

En 1605 pasó por Nueva España una "barcada" de misioneros religiosos agustinos ermitaños con destino a Filipinas. Iba en su compañía la primera misión de agustinos descalzos o recoletos. Y juntos llegaron los dos grupos a las Islas del Poniente o Filipinas en 1606.¹⁸

Posteriormente los recoletos establecieron provincia en Filipinas y tuvieron en Nueva España un hospicio para sus misioneros.¹⁹ De su fundación, progresos y estado no tenemos información alguna. Pero los planos antiguos de la ciudad de México nos dan noticia de él y nos muestran su imagen. El *Mapa, Plano de la Muy Noble Leal e Imperial Ciudad de México...*, fechado por el ilustre potosino don José Antonio de Villaseñor y Sánchez en 1753, incluye en el número 62 de su leyenda al Hospicio de San Nicolás; y lo muestra en el cuerpo del plano situado precisamente en la calle de San Nicolás, pues de él tomó el nombre (ahora llamada de República de Guatemala) que corre de oriente a poniente, mirando su fachada hacia el sur y su puerta principal directamente hacia la calle que va del antiguo Hospital del Amor de Dios y Academia de San Carlos y del ábside de la iglesia de Santa Inés (ahora calle de la Academia) y en él termina. También lo muestra el *Plano geométrico de la Imperial, Noble y Leal Ciudad de México...*, fechado por Ignacio de Castera en 1776. En él aparece marcado con el número 65.²⁰

Y Artemio de Valle Arizpe anota lo siguiente:

El que fué Hospicio de San Nicolás hoy corresponde a la casa número 90 de la actual Avenida de la República de Guatemala. Fue edificada por los agustinos recoletos que vinieron a México en 1605, establecieron en ella un hospicio bajo la advocación de

¹⁷ Victorino Capánaga, "San Nicolás Tolentino", *Año Cristiano III*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 619-624.

¹⁸ Gaspar de San Agustín, *Conquista de las Islas Filipinas (1565-1615)*. Edición, introducción, notas e índices por Manuel Merino, OSA, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975, pp. 724-725.

¹⁹ Manuel del Val y Ricardo Zugasti, *Caridad y ciencia. Los padres agustinos recoletos en México*, México, D.F., 1972.

²⁰ *Atlas de la ciudad de México*, Programa de intercambio científico y capacitación técnica del Departamento del Distrito Federal, 1981.

San Nicolás. Suprimido por decreto de las cortes españolas el 10. de octubre de 1820, la casa benéfica fue convertida en particular, y el primero que allí vivió fué el general don Vicente Guerrero, a quien la dio el Gobierno en premio de los servicios que prestó en la causa de la Independencia.²¹

Aunque con las reservas del caso, puesto que era un hospicio de los mismos religiosos y no casa de beneficencia ni asilo de menesterosos, como parece suponer don Artemio, su aportación precisa y enriquece el conocimiento sobre el Hospicio, sobre todo porque lo limita en el tiempo con la consumación de la independencia, principio del fin de los hospicios. Acudiendo a la citada calle de la República de Guatemala, se encuentra un edificio marcado con los números 80 y 82. Es de dos plantas con entresuelo, lo cual le da una notable esbeltez. El trabajo y la ornamentación de su fachada lo denuncian barroco. Tiene una inscripción que dice: Padre San Agustín Año de 1742; y en la clave del marco de la puerta una mitra labrada en la cantera, símbolo de San Agustín.

Contiguo está otro edificio marcado con el número 84. Es también de dos plantas y de estilo barroco y ostenta dos inscripciones, una de las cuales dice: Sⁿ Augⁿ. Ob^o. de Bona que se hizo allí del Real Seminario de Minería, aún en tiempos que nos hace suponer que por entonces se ampliaron las instalaciones del hospicio hacia su lado oriente. Quizás el edificio que sigue, marcado con el número 86 y con una fachada del más puro estilo "colonialoide" de este siglo, groseramente clavado entre auténticos ejemplares del gran barroco virreinal mexicano, haya sido levantado sobre parte del hospicio que tiene la inscripción del año 1771, pues, según se entra al hermoso patio de éste, sostenido con columnas que cómodamente pueden competir con las del patio del palacio de los condes del Valle de Orizaba (Palacio de los Azulejos) se advierte que está incompleto o mutilado. Mas al verlo no se sabe si es sólo su belleza la que impresiona o la suciedad y el abandono criminal en que se tiene a tan venerables edificios o ambas cosas, o si son

²¹ Artemio de Valle Arizpe, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México, Editorial Pedro Robredo, 1939, pp. 438-439.

tales, suciedad y abandono, los que le dan un algo indescriptible que los hace más atractivos.²²

Enseguida hay otro edificio marcado con los números 90 y 92, que por lo tanto corresponde al señalado por Valle Arizpe. Pero no parece haber sido del hospicio, pues tiene una inscripción labrada en la cantera que informa sobre la instalación que se hizo allí del Real Seminario de Minería, aún en tiempos virreinales. Esto es que hay una contradicción y que, mientras no se demuestre lo contrario, no fue tal, pese a que Valle Arizpe afirmó que el edificio del número 90 fue el hospicio. A que puede agregarse el hecho de que, en los citados planos de la ciudad de México, la parte que corresponde a este edificio se ve muy fuera de los límites del Hospicio de San Nicolás de Tolentino.

Los jesuitas de Filipinas

La Provincia de la Compañía de Jesús de Filipinas nació de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Pero “conservó cierta dependencia y relaciones con la de México y siempre tuvo en el colegio de San Andrés de México su procuraduría. “Bastantes años antes de la expulsión (de los jesuitas en 1767) se hallaba el llamado Colegio de San Andrés ocupado por la Procuraduría de Filipinas y de las Misiones del Norte y luego... trabajaron allí los padres ocupados en la Casa de Ejercicios de Araceli”.²³ O sea que los negocios de la lejana provincia filipina estuvieron siempre perfectamente atendidos en México. ¿Y el hospicio para alojar a los misioneros?

De la Compañía de Jesús es de la única familia religiosa que no tenemos noticia que haya dedicado una institución o un edificio para hospedería de los misioneros. Hay cuentas y relaciones de su paso. Pero siempre aparecen hospedados en

²² Ojalá que las instituciones, como la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos y el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, propiciaran el rescate de estos monumentos.

²³ Gerard Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1767* (Compendio histórico) por... Tómo I, *fundaciones y obra*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1941, pp. 31-32, 92. El Colegio de San Andrés estuvo donde ahora está el Palacio de Comunicaciones, en la calle de Tacuba, frente al Palacio de Minería.

las casas de la provincia, especialmente en El Colegio de México o sea el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo ²⁴ (en cuya iglesia funcionó hasta hace pocos años la Hemeroteca Nacional) que estuvo situado al noreste de la zona central de la ciudad de México, conocida ahora como Centro histórico.

Un párrafo de la *Crónica* del padre Pedro de Rivas nos demuestra que el hospedaje siempre lo proporcionaron los jesuitas de México: "Luego que llegó a la provincia de México, donde todos los de la Compañía que pasan a Filipinas son hospedados como hermanos muy amados en Cristo, se dio a conocer el P. Juan de Bueras... hasta que se embarcó para Filipinas". ²⁵

En fin, la hospitalidad que en México se brindaba a los misioneros jesuitas que iban a Filipinas duró desde fines del siglo XVI, en que se erigió la semiprovincia de Filipinas, hasta la expulsión de esos religiosos de todos los reinos de España en 1767, y así es la primera orden que sufrió contrariedades en su labor misionera y en sus casas de México, como las sufrirían las demás en el siglo XIX.

Conclusión

Constituyen los hospicios de México para misioneros del oriente unos eslabones preciosos de una cadena tendida desde España, que vinculó con gran fuerza a México a Filipinas y por su medio a todo el oriente. Para ello fue necesario el desfile continuado durante siglos de centenares de hombres que entregaron su vida a veces en plan muy heroico y que con sus actitudes levantaron un gigantesco puente de comunicación cultural, dejando como muestra de ello los hospicios, que en el caso de México son verdaderos monumentos históricos y artísticos, aunque criminalmente destazados, que por su naturaleza y fines son parte del patrimonio universal y por extensión fueron centros de estudios de lenguas y de gran movimiento económico, ya que para sostenerlos es lógico que era necesarísimo.

²⁴ Francisco Zambrano, *op. cit.*, T. V, 1965, p. 571.

²⁵ Francisco Zambrano, *op. cit.*, T. IV, p. 305.

En síntesis, forman estos hospicios una magnífica porción del patrimonio religioso histórico y artístico del Nuevo Mundo. Se distinguen por su singularidad ya que no abundaron. Pero su esencia principal podemos hallarla en la intención declarada de la España Católica del Siglo de Oro que, en referencia al oriente, buscaba que *A solis ortu usque ad occasum laudetur nomen Domini* (Desde la salida hasta la puesta del sol sea alabado el nombre del Señor).